

sión de los placeres" tiene de los dos tipos de marginados y es más cruel porque la putilla atemorizada no pasa de los quince. "Trágica historia de un pobre amante" es la más dura y es lástima que tenga un cierto tufillo moralista que, aunque seguramente involuntario, no deja de ser molesto: es un marica que se quiere "curar" y da la impresión de que se defiende ese deseo y, qué pena, no lo consiguió.

Hay también melodramas heroicos como "La prostituta que murió sin luchar", una buena amante que necesita la calle de sus tiempos pasados y que acepta la muerte como si fuera un castigo merecido. Dos guapas rubias ponen la nota de humor en "El tino del braguero": es un palo inteligente, divertido, y por eso a uno no le gustaría que las cogieran, se merecen estar por ahí engañando a joyeros estúpidos.

En "El crimen del hotel Manila" el periodista es protagonista de una historia en la que hay que investigar y en la que la amistad policía-redactor tiene un no sé qué de sospechoso. Es la misma sospecha que provoca la historia de la chica que muere tras un aborto clandestino en la que un policía, tan bueno, "sintió cómo dentro de él crecía la náusea". Pero son ligeras vacilaciones "acratoides", como dicen algunos. Las desventuras del moro Hamed Lahasen Mohamed, víctima inocente del aparato burocrático-represivo, compensan la balanza.

En resumen: el libro de Martí Gómez es un interesante mosaico de sucesos escritos con agilidad, rescatados de las tristes plumas de negros periodistas burocratizados. Un mosaico con guiños literarios sudamericanos que hasta hacen gracia. Un mosaico de gran valor sociológico, con algunos aciertos narrativos, que sirven de contrapunto a las otras historias, las que todos quieren escribir. ■ G. GOICOECHA.

## CANCION

### Lole, Manuel y los Montoya: magia gitana

Lole y Manuel constituyen, sin duda alguna, uno de los fenómenos más dignos de mención y estudio que la "nueva

canción andaluza" o "flamenco actual" —por situarlo en unos lindes orientativos— ha deparado en los últimos tres o cuatro años. Ahora, la pareja de artistas ha vuelto a las fuentes del canto y del baile gitanos en un espectáculo titulado "Nuevo día", en unión de la familia de los Montoya, que está obteniendo triunfo tras triunfo en los diversos lugares donde se presenta. En Madrid, en el teatro de la Latina, castizo y verbenero, habitualmente ocupado por las revistas de tercer grado y las hortereces de moda, Lole y Manuel demuestran tener razones para el éxito. La voz de Lole es, cabría decir, fluida y armoniosa, rítmica y envolvente, llamativa y firme. Conoce ella, además, el dominio de ese lenguaje de sílabas y matices

que hacen que una canción esté bien interpretada. Su figura estilizada y destumbrante ayuda a crear en ella, especialmente cuando sus largas manos elevan al cielo los dedos, entre mil figuras arabescas, buscando el contacto del misterio. Si el baile suyo adolece del punto de frialdad que a veces su voz también arrastra, ello no entorpece generalmente el que su personalidad artística sea capaz de inspirar admiración y respeto, aunque no siempre emoción. El caso de Manuel Molina es radicalmente distinto, y no es de extrañar, por ello, que el resultado de tal síntesis sea tan fecundo y complementador. Manuel, compositor, guitarrista y sólo ocasionalmente cantaor, es puro sentimiento, fibra nerviosa en estado puro, corazón transplantado a garganta. Su entrada en escena, después que Lole interpreta en árabe un hermoso tema que descubre las raíces norteafricanas del flamenco —y viceversa: las "hondas" de la música arábiga—, es fulgurante por lo profundo, quebradizo y frágil de su voz; por lo humano y hermoso que de ella se desprende. Es una de esas raras ocasiones en que un sonido, un artista llega verdaderamente, pone los pelos de punta, la car-

ne de gallina y el nudo en la garganta. Y ya ha dicho alguien —en opinión que uno comparte ampliamente también— que es privilegio y función del arte el conmover al espectador.

Pues bien, el espectáculo "Nuevo día" conmueve al auditorio. Le hace vibrar, moverse, participar. Se trata, por lo demás, de un montaje escénico colectivo, comunitario, total, como es la entrega y el sentir de esa raza gitana que se expresa pura, incontaminada, en sus más vitales y genuinos usos y costumbres. Hay baile, juerga, alegría desbordante en ocasiones; hay ternura, amor, pasión siempre. La vasta "troupe" de los Montoya —desde las chiquitas de tres o cuatro años a los más veteranos y abuelos— no necesitan representar sobre el escenario sus maneras, sus costumbres: simplemente las reviven. ■ ALVARO FEITO.

## DISCOS

### Salvador y sus bananas

Por fin sale a la calle un LP de Salvador, el prestigioso y habilísimo guitarrista que fue alma y esencia del conjunto Banana, y que se ha decidido a emprender la aventura del trabajo en solitario. Desde luego, no es que toque él solo en este disco; está acompañado por otros profesionales de talla, entre los que cabría destacar a Jorge Pardo en el saxo, Alvaro Chévere a la percusión, Javier Benet a los teclados, etc. Pero la idea del disco, su unidad musical, el concepto entre jazzístico y rockero, así como la parte más importante, que es la interpretación a la guitarra, son obra de Salvador y responsabilidad íntegra suya.

"Banana", el LP pulcramente editado por Polydor, es insólito, tanto como el propio Salvador. No tiene absolutamente nada que ver con lo que en nuestro país se suele vender como rock, y, sobre todo, nada que ver con el llamado rock madrileño. Se trata de un álbum muy profesional y muy técnico, donde todo está pensado para sacar el mayor lucimiento posible a la guitarra de Salvador, que por cierto toca como los ángeles. Aunque él guste de presentarse como un músico comercial, sin más, yo creo que peca de excesiva modestia y también de un ligero desajuste



Lole y Manuel.



con la realidad española: su música no es en absoluto "comercial" —lo que no significa que no sea vendible—, y alcanza mucha mayor calidad que los productos medios.

Influencias musicales? Muchísimas: desde Jeff Beck hasta John McLaughlin, pasando por todos los buenos instrumentistas que han hecho de la guitarra eléctrica un instrumento musical respetable y la han sacado del encasillamiento como simple aparato para producir ruidos. Pero son precisamente todas estas influencias bien asimiladas, y una labor profesional de más de doce años —Salvador ha estado con grupos tan prestigiosos como Canarios y Pekenikes antes de lanzarse a la aventura musical de formar su propio grupo— lo que dan a este álbum una profunda originalidad; se trata de un rock diferente, matizado y profundo, riquísimo, y muy alejado de la hortera que es desgraciadamente habitual en este país.

Entre otras cosas, Salvador canta en este disco. Yo lo prefiero como instrumentista, pero hay que reconocer que tampoco lo hace mal: tiene una voz juvenil y bastante graciosa. Curiosamente, y debido tal vez a su marcado acento sudamericano, queda mejor cantando en inglés que en castellano. Por lo demás, el tipo de música que él hace no necesita de unas letras comprensibles en nuestro idioma; no hay mensaje, y si lo hay, es el que da la propia música. ■ E. HARO IBARS.

potencia o la desesperación anónima de unos personajes enclavados muy precisamente en un ambiente social determinado. A su manera, Zanussi va desvelando algunas de las contradicciones de la sociedad en la que nació y en la que continúa su vida; "La suma de pequeñas desilusiones o de incomprensiones de cada día contribuye a hacer de la vida un éxito o un fracaso, ni más ni menos que la suma de heroísmos, de cobardías y de fallos de la guerra. Es más fácil ser un héroe en momentos dramáticos de la Historia que en los períodos sin romanticismo de la paz", dice él mismo.

En esos momentos, Zanussi mete su cámara, ahonda con una seriedad inusual y trata de encontrar en la conducta anónima de personajes cotidianos el porqué de fracasos más generales. En este sentido, su última película presentada en el reciente Festival de Cannes, "Spirale", podía convertirse en el ejemplo máximo de las angustias que le atormentan o que cree ver a su alrededor: marginado y desesperado, un hombre joven inicia un lento pero eficaz camino hacia el suicidio, tratando de destruir cuantos seres humanos le rodean.

En una situación mucho menos extrema, Krystof Zanussi ofrece en la película que ahora

se estrena en Madrid, "Balance matrimonial" (1976), la crónica de un intento de liberación, de una pregunta convulsiva que sufre una madre de familia de seosa de otro tipo de libertad al que vive en su hogar diariamente. Como en cualquier otra pareja, en un momento dado se establece una relación de crisis donde los valores que hacían viable esa relación han desaparecido. Nuevas vertientes deben ir apareciendo y la simple mecánica de la costumbre las impide. Esta mujer, como ya ocurre en una larga tradición de la novela y el cine, decide abandonar su vida familiar e iniciar una nueva aventura, tratar de descubrir nuevas posibilidades para su vida. En las preguntas que se va formulando, en el propio germen de su insatisfacción y de su angustia, Zanussi va describiendo algo más que la simple crónica privada de un matrimonio; en los vaivenes de su protagonista, se van deslizado reflexiones más rigurosas sobre la condición de la pareja, sobre las posibilidades de libertad de un individuo en nuestro momento histórico. Meditaciones que se escapan a cualquier clasificación de pesimismo u optimismo, porque Zanussi no se plantea unas definiciones concretas o rotundas. El regreso final de la mujer no es en sí mismo un fracaso ni una

vuelta al origen de la historia. Simplemente es el final de la aventura concreta. Pero otras nuevas posibilidades existen, están ahí y el espectador debe haber intentado descubrirlas en el desarrollo dramático de la película.

Realizador sensible, de un rigor ejemplar, Zanussi va estableciendo a través de sus películas una panorámica sobre todos nosotros (al margen de que muy especialmente le inquiete la situación sociopolítica de su país y de él y sus habitantes nos hable con mayor inmediatez), panorámica que en "Balance matrimonial" puede llegar a sacudir, a inquietar. Se trata de una notable película que no debería pasar inadvertida. ■ DIEGO GALAN.

## "Yo soy mía"

Sería fácil —y seguramente producto de algún recóndito prejuicio machista— ironizar sobre el epidérmico feminismo ofrecido en esta película. Porque, sin duda, hay razones para ello. Pero esa superficialidad o esa militancia primitiva es más producto de la torpeza profesional de la responsable de la película, Sofia Scandura, que de los principios feministas que la animan. Es decir, "Yo soy mía" es una mala película como tantas malas películas ha habido y habrá. Y su maldad cinematográfica no conlleva maldad alguna para el motor que la hizo posible.

Pero realmente, Sofia Scandura, ofreciendo una película realizada sólo por mujeres —con lo que la militancia feminista adquiere una trascendencia de portavoz colectivo— podía haberse esforzado más en hacer un buen trabajo donde el delirio hubiese sido reemplazado, si quiera alguna vez, por el rigor o el sentido del humor. Salvo las primeras secuencias donde se describe breve y eficazmente la vida cotidiana de una mujer casada sujeta a mil obligaciones mientras su marido disfruta alegremente y a su lado de unas vacaciones normales, "Yo soy mía" se intrinca sobre confusiones y excesos. Una cosa es plantearse la dominación del macho como una consecuencia de una explotación de clase más, tratar de explicar las razones históricas que le dieron origen o indagar en las motivaciones concretas que hoy —más allá de la tradición— permiten aún dicha explotación, y otra muy distinta reducir el problema —el auténtico problema— a desnudar a los hombres y vestir a las mujeres como revancha a tanto cine exhibicionista del

"Balance matrimonial", Krystof Zanussi (1976).



**CINE**

## "Balance matrimonial"

Krystof Zanussi, realizador polaco de treinta y nueve años, autor, entre otras de "La estructura de cristal", "Iluminación", "Vida de familia", es un hombre inquieto por reflejar en sus películas la angustia, la im-